

padre, un liberal agnóstico, de los ecos de la oligarquía ilustrada de la generación del 80, que llegó a conocer ya en su ocaso, de las lecturas inglesas y de los clásicos griegos. En uno de sus últimos poemas, «El principio», se refería a la conversación de dos griegos, acaso Sócrates y Parménides, a quienes atribuía el origen del pensamiento racional: «Aludían a veces a mitos de los que ambos descreían (...) Libres del mito y de la metáfora, piensan o tratan de pensar (...) Han olvidado la plegaria y la magia»<sup>65</sup>.

Este sesgo racionalista puede rastrearse en sus preferencias literarias clasicistas o neoclásicas sobre las románticas, barrocas o vanguardistas. Sus frecuentes críticas al romanticismo parecerían contradecir su devoción por Schopenhauer, filósofo del romanticismo, pero en Borges siempre hay una vuelta de tuerca y ya en su obra temprana hacía reparos a la estética schopenhaueriana por su «trazo romántico»<sup>66</sup>. Un intento de controlar la pasión romántica por el orden clásico, por conciliar «el vago azar y las precisas leyes» aparecía donde menos podía esperarse, por ejemplo cuando definía a la literatura fantástica, como «sueño coherente», o «imaginación razonada» o en el prólogo a *La invención de Morel* de Bioy Casares, donde reivindicaba el «intrínseco rigor» de la novela policial, opuesta al caos, al pleno desorden de la novela psicológica. «Construcción, orden, medida», son algunos de las cualidades que otorgaba a la novela policial y le gustaba de ésta que lo que «puede parecer un caos de hechos encierra un orden». La novela policial, llegó a decir, «está salvando el orden en una época de desorden». A favor de su argumentación habría que recordar que el género surgió en una sociedad tan ordenada y razonadora como la inglesa. No es casual que un representante del irracionalismo, inspirado en el existencialismo religioso como Ernesto Sábato, reproche a Borges que «la razón pura lo fascina y lo conmueve» y condene la novela policial porque «culmina en la geometría» (...) «Y si la razón gobierna la realidad entonces hasta los sueños y magias han de ser armoniosos y explicables y todos los enigmas, como los de las novelas policiales, tienen finalmente una clave»<sup>67</sup>.

Las mismas características que Borges otorgaba a la literatura fantástica y policial pueden atribuirse a sus narraciones. Rafael Cansinos-Asséns dijo de su literatura que era un «delirio lúcido» y Beatriz Sarlo define su narrativa «literatura racionalista fantástica»<sup>68</sup>. No podemos imaginarnos a Borges como lector de una literatura del absurdo o de la poesía surrealista –de la que explícitamente se burlaba– o de las novelas o el teatro de

<sup>65</sup> Atlas en O.C., volumen 2, pág. 415.

<sup>66</sup> El idioma de los argentinos, edición citada, pág. 62.

<sup>67</sup> Ernesto Sábato, Uno y el universo, Buenos Aires, Sudamericana, 1945, pág. 110. El escritor y sus fantasmas, Buenos Aires, Aguilar, 1963, pág. 245.

<sup>68</sup> Beatriz Sarlo, Borges, un escritor en las orillas, edición citada.

Samuel Beckett; nada más lejos de él. Se sentía identificado, en cambio, con el autor de *Alicia en el país de las maravillas*, Lewis Carroll, que era a la vez un lógico matemático y escribía cuentos de hadas, «tramas de paradojas de orden lógico y metafísico», donde nos mostraba un universo absurdo pero a la vez de una lógica rigurosa.

Los estilos literarios no tienen límites precisos y a veces se dan combinaciones entre opuestos; tal vez pueda definirse el estilo borgeano como un clasicismo manierista<sup>69</sup>. Muchos rasgos de su literatura responden a las características que Arnold Hauser<sup>70</sup> atribuye al manierismo del siglo XVII: una actitud a la vez intelectualista e irracional, un estilo refinado, reflexivo, atraído por lo enigmático y lo paradójico. Como los poetas metafísicos ingleses del siglo XVII –ejemplo típico del manierismo–, los temas de Borges giraban alrededor de los grandes problemas filosóficos, (el tiempo, la muerte, el destino, el infinito, la eternidad, la fugacidad de la vida), pero, como Hauser sostenía de la poesía de John Donne, no era un pensamiento profundo, sino juegos mentales que no podían tomarse demasiado en serio, actitudes espirituales ficticias, problemas aparentes elegidos por su carácter paradójico. Mario Praz, refiriéndose a Donne, lo caracteriza de «ósmosis entre razonamiento y fantasía»<sup>71</sup> y eso mismo podría decirse de Borges.

Por eso, refiriéndonos a su pensamiento, podríamos hablar de un racionalismo irracionalista o de un irracionalismo racional. Es significativo que cuando comentaba a Henri Bergson, tal vez el único filósofo francés y de este siglo que leyó, se oponía a los «defensores de la arbitrariedad que pretenden ampararse en el concepto bergsoniano de la intuición». Consideraba que la posición de éste era anticientificista pero no anticientífica, y que la intuición como la de Platón y Spinoza, «lejos de llevarnos a una actitud antiintelectual o antirracionalista, en cualquiera de las esferas de la verdad, exalta el intelecto y la razón a la jerarquía del único poder que hace que la vida humana valga la pena de ser vivida»<sup>72</sup>. Resulta significativo que esta inusual apología del racionalismo se hiciera a propósito de un filósofo que no admitía ser irracionalista pero que a la vez atacaba el racionalismo clásico, con el pretexto de profundizarlo. En Bergson podía haber encontrado Borges una actitud afín con su propia ambigüedad respecto a la razón. Pero el interés por Bergson no dejó

<sup>69</sup> Blas Matamoro habla sucesivamente del neoclasicismo del grupo Sur en Victoria Ocampo, Buenos Aires, Eudeba, 1986, pág. 44 y del «neomanierismo formalista» de Borges en *Lecturas americanas (1974-1989)*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1990, pág. 129.

<sup>70</sup> Arnold Hauser, *Origen de la literatura y el arte manierista*, III, Literatura y manierismo, Madrid, Guadarrama, 1974.

<sup>71</sup> Mario Praz *Historia de la literatura inglesa*, Buenos Aires, Losada, 1976, pág. 222.

<sup>72</sup> «Henri Bergson: Las dos fuentes de la moral y la religión», *Crítica*, 30 de septiembre de 1933 recopilado en *Borges en revista multicolor*, Buenos Aires, Atlántida, 1995.

de ser circunstancial; permanente en cambio fue su vinculación con otra corriente del pensamiento filosófico occidental, la del idealismo subjetivo de los filósofos ingleses del siglo XVIII; George Berkeley y David Hume sostenían que la única fuente de conocimiento son los sentidos y, por lo tanto, no tenemos acceso sino a representaciones de la realidad y no a la realidad misma. De estos postulados extraía Borges su escepticismo gnoseológico acerca de lo ilusorio de la realidad exterior. El idealismo subjetivo se continuaba con el idealismo crítico de Kant por quien Borges confesaba haber sido derrotado en la lectura. Pero es fácil imaginarse que el solo hecho de hojear la *Crítica de la razón pura*, esas páginas divididas en dos columnas en una de las cuales se afirma la existencia de Dios, del tiempo, de la libertad, etc., y en la otra se las refuta, deben haberlo deleitado. En «Avatares de la tortuga», afirmaba que «los filósofos idealistas y Schopenhauer en primer lugar enunciaban el carácter alucinatorio del mundo y que éste se confirma en las antinomias de Kant y en la dialéctica de Zenón»<sup>73</sup>. Borges se emparentaba con esa línea del idealismo subjetivo y en menor medida con el idealismo kantiano, los cuales habían combatido el dogmatismo racionalista desde la perspectiva de cierto escepticismo que no se apartaba, no obstante, de la razón. Pero estaban en un límite, muy impreciso; un paso más allá y nos encontramos con el irracionalismo de Schopenhauer, quien reconocía entre sus fuentes a Berkeley. Borges confesaba: «...reviví la tremenda conjetura/de Schopenhauer y de Berkeley/ que declara que el mundo/ es una actividad de la mente/ un sueño de las almas/ sin base, ni propósito, ni volumen»<sup>74</sup>.

Borges fluctuaría pues entre el racionalismo escéptico de los ingleses, a los que llegó por la vía de su padre, y el irracionalismo de Schopenhauer, al que lo llevará su padre espiritual, Macedonio Fernández. Por otra parte la belleza y claridad de la prosa de Schopenhauer que lo distinguía de los filósofos académicos, así como la propensión a relacionar la filosofía con la poesía, lo habían convertido en el preferido, de escritores de ficción y de artistas más que de pensadores.

Por intermedio de Schopenhauer, Borges llegará al budismo, otra de sus filosofías preferidas, y también a los místicos. Sin embargo, aun en este plano resbaladizo, no perdió del todo su racionalidad, ya que prefería a aquellos místicos como Emmanuel Swedenborg y William Blake en quienes la inteligencia es necesaria para entrar en el reino de los cielos, y en cambio desdeñaba el precepto evangélico según el cual el cielo pertenece a los pobres de espíritu. Su curiosidad por el budismo y otras religiones y filosofías orientales no lo llevó tampoco, a caer como sus con-

<sup>73</sup> Discusión en O.C., pág. 254.

<sup>74</sup> Fervor de Buenos Aires, en O.C., pág. 38.